



MARCO ANTONIO MONTES DE OCA

LAS ALAS DE LA PALABRA

PRÓLOGO DE VÍCTOR MANUEL MENDIOLA



LAS ALAS DE LA PALABRA

Las alas de la palabra

MARCO ANTONIO MONTES DE OCA

Prólogo
VÍCTOR MANUEL MENDIOLA

Las alas de la palabra
Sucesiones y otros poemas
Hacia un mediodía secreto



FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

Primera edición, 2010

[Primera edición en libro electrónico, 2014]

Montes de Oca, Marco Antonio

Las alas de la palabra / Marco Antonio Montes de Oca ; pról. de Víctor Manuel Mendiola . – México : FCE, 2010

325 p. ; 23 × 15 cm – (Colec. Poesía)

ISBN 978-607-16-0183-4

1. Poesía 2. Literatura mexicana – Siglo XX I. Mendiola, Víctor Manuel, pról. II. Ser. III. t. IV. t.

LC PQ7297

Dewey M861 M445a

Diseño de portada: León Muñoz Santini / Teresa Guzmán Romero

Imagen de portada: *Más arena que sangre* (1990),
acrílico sobre papel de Marco Antonio Montes de Oca

Diseño de interiores: León Muñoz Santini

D. R. © 2010, Fondo de Cultura Económica

Carretera Picacho-Ajusco, 227; 14738 Ciudad de México

www.fondodeculturaeconomica.com

Comentarios: editorial@fondodeculturaeconomica.com

Tel.: 55-5227-4672

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra, sea cual fuere el medio, sin la anuencia por escrito del titular de los derechos.

ISBN 978-607-16-0183-4 (rústico)

ISBN 978-607-16-2386-7 (electrónico-epub)

ISBN 978-607-16-2685-1 (electrónico-mobi)

ISBN 978-607-16-4768-9 (electrónico-pdf)

Hecho en México - *Made in Mexico*

SUMARIO

<i>Prólogo,</i> Víctor Manuel Mendiola	9
<i>Las alas de la palabra</i>	25
<i>Sucesiones y otros poemas</i>	81
<i>Hacia un mediodía secreto</i>	137
<i>Índice general</i>	317

PRÓLOGO

VÍCTOR MANUEL MENDIOLA

I

En la poesía mexicana, Marco Antonio Montes de Oca (Ciudad de México, 1932-2009) no sólo representa un caso muy original sino también un gesto desmesurado, como lo demuestra el título de la primera reunión de su obra completa, *Pedir el fuego* (1987). Este carácter singular y excesivo es también una contradicción. Ningún poeta mexicano ha sintetizado como él la sorpresa irreprochable y la repetición sin medida; la creación de mundos insólitos y la complacencia en el don de la magia; la ampliación metafórica poderosa y el disparate desconcertante.

Su poesía oxigenó los contaminados bosques de la idealización modernista; rompió la afeminada exactitud parnasiana; pisó las flores de maceta del poeta solemne con sus sonetos blandos y nos entregó extrañas vegetaciones, densas flores silvestres recogidas de las manos de Apollinaire, Breton, Eluard, Perse, Lezama Lima, Huidobro, Paz y, por qué no, también Neruda. Él nos propuso el estado de alta tensión de ser, en un mismo acto, un puño lleno de jilgueros y una máscara de abejas, las distancias ya medidas y la arquitectura de la promesa, un clavel y un rinoceronte. Con un desplante pleno y vigoroso no sólo transformó la poesía mexicana sino que la arrolló con su vendaval de imágenes y declaraciones. Desde su primer libro, desde su primer poema, desde los primeros versos de su primer libro, *Ruina de la infame Babilonia*, podemos observar esta fuerza contradictoria:

Todo se ahoga de pena
Y hasta las mismas escafandras
Se amoratan junto al mar.
El pulso, lo más cierto de un río con vida,

y la sal, estatua que nace demolida,
ya no reverberan:
un tajo súbito hiere una latitud pasmada,
dispersa con su sombra
piedras de mi esqueleto
jamás soldadas.
¡Qué helado lugar, apenas hay buitres
y un inmenso bagazo rompe en lágrimas!
Aquí beberé agua inmóvil y verdosa¹

En la fachada excesiva de Marco Antonio Montes de Oca encontramos una rapidez de las palabras, una ligereza de las imágenes, una facilidad de la invención, pero al mismo tiempo encontramos algo pesado y turbador, una confusión de traspies y manotazos, alguien que vuela o camina haciendo esos. Es imposible no admirar en él la coexistencia violenta de estos dos movimientos que en cualquier otro poeta significarían la frustración o la medianía. En Marco Antonio Montes de Oca significan, de manera sorprendente, la posesión de una energía fuera de serie. Él es capaz de caer sin gracia y estrepitosamente y volver a tomar el vuelo, levantarse y poner los pies en marcha para ensayar otra vez el artificio de su vitalidad inagotable. Esta reincorporación casi siempre es como una estampida. El levantamiento de Montes de Oca posee la euforia y el fuelle de una válvula de escape. En sus poemas, un verso sucede a otro:

Ahí empuñaré la ola, abanico de rayos azules
sobre el mundo promontorio
desplegaré la joyería matinal
que se alza confundida entre vapores antiquísimos,
y me verá el espejo
prosternado ante la hoguera que antaño adoramos sin idolatría²

¹ Marco Antonio Montes de Oca, *Pedir el fuego*, Joaquín Mortiz, México, 1987, p. 15.

² *Ibid.*, p. 87.

En su sintaxis hay una gramática acumulativa llena de idas y venidas, una suma que no deja de crecer dando vueltas prohibidas. Su imagen es siempre muchas imágenes. Posee la abundancia de la visión que lo empuja hacia todas partes, un entusiasmo que lo sube al árbol de peces o a la torre invertida de una pesadilla, una descarga de luces y sombras que se vuelve un surtidor de la lengua y de la mirada. Todos sus lectores —sus admiradores y sus críticos— han observado esta característica. Es imposible no verla. Es imposible no sentir que en la abundancia está una de sus cualidades fundamentales. La riqueza se nos impone para bien y para mal al leerlo. En su primer acercamiento a la obra de Montes de Oca, Octavio Paz reconocía: “[...] la poesía nunca es excesiva. Los numerosos aciertos de Montes de Oca no me cansan; me cansa cuando desfallece, cuando se repite y, sobre todo, cuando sustituye la expresión original por lugares comunes de la filosofía o de la moral religiosa [...]”³ Algunos años más tarde Alí Chumacero, de un modo más reservado, señalaría la misma virtud y el mismo defecto: “Vigor y desmesura, plasticidad y violencia, impudor y crueldad, desbordado todo en el escándalo de la imagen, defienden estos imperfectos poemas [...]”⁴ En este vaivén, Montes de Oca ha creado un sinnúmero de imágenes:

Yo soy feliz de andar sobre una pierna
Y de prestar la otra
Y me callo como un vaso
Que al cerrar la boca se hace trizas.⁵

En realidad, la figura de esta experiencia no es Prometeo —a la que alude el título de la reunión completa de su obra *Pedir el fuego*— sino Ícaro. Este último mito muy bien puede representar la unión desconcertante y bella, entre ser torpe y ser ligero, entre la

³ Octavio Paz, *Generaciones y semblanzas, Dominio mexicano*, Galaxia Gutemberg / Círculo de lectores, España, 2001, p. 401.

⁴ Alí Chumacero, *Los momentos críticos*, FCE, México, 1987, p. 206.

⁵ Marco Antonio Montes de Oca, *op. cit.*, p. 176.

ingenuidad y la astucia y, en general, entre el error y el acierto. Prometeo es lo opuesto. En él, la intención se ha transformado en un acto rotundo. Las consecuencias, a favor o en contra, no son más que las derivaciones naturales de un plan ejecutado eficazmente. En contraste, el pensamiento que nos propone Ícaro es el vuelo fuera de control. Ícaro no es un sol sino una estrella fugaz. Una caída. En su aturdimiento y transgresión, Ícaro representa la enormidad de lo pequeño. Por tal razón, esta figura está más cerca de un mundo mucho más libre, más abierto a cualquier experiencia, menos seguro y menos trágico que el de Prometeo. La poesía de Marco Antonio Montes de Oca, aunque posee un tono afirmativo, en su desmesura no es la expresión de alguna forma de absoluto. No es una empresa bien organizada y concebida con premeditación. Tampoco es un trabajo que piensa en un amor eterno o en un amigo para toda la vida. Ni siquiera es una alegoría de un sitio al que deberíamos llegar más tarde o más temprano. Es un regalo de la espontaneidad. Una desobediencia que se da porque sí. El viaje de Montes de Oca no tiene puertos de salida ni de llegada. Por ningún lado podemos hallar en sus palabras una finalidad o un punto de reposo —exactamente lo contrario de lo que sucede con la poesía de Alí Chumacero, congelada en sus pasiones escondidas—. En la poesía de Montes de Oca no encontramos un lugar de destino o un destinatario. Él no habla para entregarle al otro un sentido o mostrarle una dirección. No roba ni pide el fuego, aunque ése haya sido el primer título de su obra completa. Más bien se lanza a la hoguera como el bubocillo Nanahuatzin entre los dioses teotihuacanos. Ulalume González de León lo vio claramente: “La aceptación de la caída es en Montes de Oca la de un Ícaro que *añade más papel a las alas de Leonardo* y sabe, al menos, que lo que escribe en ese papel *no se borra*”.⁶ En la literatura mexicana del siglo xx no tiene comparación su espontaneidad y su capacidad de arrojo. En esta literatura podemos encontrar otros casos de transgresión y antiolemnidad pero son muy diferentes. Lo caracte-

⁶ Marco Antonio Montes de Oca, *Un balance*, Material de lectura núm. 42, UNAM, México, p. 8.

rístico, por ejemplo, en la poesía de Jaime Sabines no es la audacia; es algo que puede parecer lo mismo pero que es diferente: una sinceridad notable unida a una ternura y a un amor también notables y todo en un lenguaje natural y displicente —a veces cínico—. Por otro lado, en Gerardo Deniz tampoco hayamos una escritura temeraria. En el autor de *Gatuperio*, la saturación verbal y las escenas disparatadas son un efecto de un control enorme del proceso de escritura. Es difícil seguirlo pero la mayor parte de sus poemas tienen un camino o un código que es posible descifrar. En cambio, en el arrojado de Montes de Oca no importa la sinceridad o el control. En Montes de Oca, la poesía ocurre sin ningún anhelo de honradez ni premeditación. Él es él precisamente porque se reinventa a cada instante con verdades insospechadas y mentiras rotundas. “En su tórrido festín” todo sube y baja, va hacia la derecha o corre a la izquierda, encuentra un centro o se pierde en una orilla de manera inopinada. En este despliegue no hay un virtuosismo operativo pero sí hay una saga y una sagacidad imaginativas. Su escritura sucede bajo los tumbos de una fiesta si no facinerosa, sí montaraz e indomable:

No es malo sentarse a la mesa
Con la raya del cabello en desorden
Las manos sucias
Y un dedazo de fango en la mejilla
Malo sería no vender el alma
Al tumulto que ordena los asuntos del estío
Estaría muy mal que el viento y la belleza
Durmieran en cuartos separados.⁷

Él se arroja al fuego como pocos. No lo roba ni lo pide para nadie. No deja de tener importancia el hecho de que la escritura de Montes de Oca nos ofrece más de un rasgo en común con las obras barrocas como son el efectismo, la forma hipertrofiada y la plurali-

⁷ Marco Antonio Montes de Oca, *Pedir el fuego*, op. cit., p. 139.

dad excesiva. Montes de Oca sustenta una estética abigarrada y pro-teica. En la multiplicación de las imágenes, él crea un lujo, una pompa de minucias, una profusión de puertas y ventanas abiertas y rotas. Con resplandor o con oscuridad, sus poemas nos enfrentan con una ruda abundancia sutil. Perlas aquí. Bloques de diamantina allá. La giba de un camello más allá. A Montes de Oca no le importan las causas que crean significados; le interesan los efectos que insinúan lo no visto y lo no dicho y que siempre se nos escurren entre los dedos. El sentido de sus poemas es un sinsentido en ráfagas. Muchas veces estos ventarrones alcanzan —en contra de él mismo y a pesar de su carácter atrabiliario— una significación mucho más amplia en el detalle, en los segundos de una línea, en la fracción de dos palabras. Pero todo surge de improviso, como en un derrumbe, en un choque de fragmentos, en una superficie revuelta y en caída. Lo que nos anonada siempre, cuando lo leemos, es que esa precipitación puede ser un ascenso, una arboladura, una gaviota cuesta arriba, el zigzag de un laberinto en el aire. Él lo ha dicho muy bien en una especie de declaración de principios o de poética:

Me gusta andarme por las ramas. No hay mejor camino para llegar a la punta del árbol. Pero si no bastara, me da náuseas la línea recta, prefiero el buscapiés, su febril zigzag enflorado de luces. Y cuando sueño veo frontones apretujados de joyas donde vegetaciones de relámpagos duran hasta que enhebro en ellos conchas tornasoladas en el más profundo gozo. ¡Al diablo con las ornamentaciones exiguas y las normas de severidad con que las academias podan el esplendor del mundo!⁸

En este punto no podemos dejar de preguntarnos: ¿es Montes de Oca un poeticista?, ¿él piensa que es posible conformar una ciencia de la poesía o un método de la creación?, ¿en sus poemas una racionalidad extrema controla los arranques líricos de una espontaneidad también extrema? O por el contrario: ¿la poesía de Montes de

⁸ *Ibid.*, p. 227.

Oca es surrealista?, ¿procede su escritura a través de un automatismo psíquico puro hasta donde esto es posible?, ¿en su poesía el sueño resuelve los problemas fundamentales de la vida?, ¿sus poemas son el dictado del pensamiento sin la intervención reguladora de la razón como pedía Breton en su manifiesto de 1924? La respuesta, con todas las dudas que uno pueda sentir, parece que no puede ser otra más que afirmar que Montes de Oca está mucho más cerca de la actitud “irracional” del surrealismo que de la “ciencia” del poeticismo. Si algo constituye una “armonía” o un hilo conductor en sus poemas, ese algo es el impulso que Breton llamó de primer y último chorro. El poeticismo pretendía, desde un marxismo ingenuo, lo contrario: desmenuzar el poema hasta hallar el mecanismo secreto de su funcionamiento; hacer a un lado el sueño para clasificar, en una especie de renacimiento dialéctico de la retórica, las operaciones de la creación lírica; descubrir el “método” de elaboración de un poema infalible; concebir una lógica de la invención lista para ser usada por cualquiera que se atreviese a andar por los caminos del conocimiento. El poeticismo es, en su ambición no pequeña y de alguna forma admirable, una poética que descrea de la inspiración y destruye la espontaneidad. La unidad de magia y lógica, que Xavier Villaurrutia había considerado central en la creación de un poema, en el poeticismo desaparece en favor del dominio de la razón, del concepto, del afán de hallar la “esencia”. Montes de Oca formó parte del movimiento poeticista pero ello fue un accidente y hasta un mal entendido porque la poesía del autor de *Fundación del entusiasmo*⁹ representa, por un lado, el culto a la subjetividad y a la iluminación —como lo demuestra el título con el que finalmente ha reunido el Fondo de Cultura Económica su obra completa: *Delante de la luz cantan los pájaros*¹⁰— y, por el otro, la crítica de todo lo grave y odioso que hay en las reglas y en los procedimientos generales. Aunque Montes de Oca no lo dijo, su obra nos hace comprender que no

⁹ *Ibid.*, p. 145.

¹⁰ Marco Antonio Montes de Oca, *Delante de la luz cantan los pájaros*, FCE, México, 2000.

hay nada más aburrido, en términos de poesía, que la búsqueda de estructuras, sistemas y funciones, que explican todo menos lo que deberíamos hallar: la peculiaridad de un poema, el momento único de una visión. También nos hizo entender que lo verdaderamente original de un autor es aquello en lo que éste se individualiza, eso donde la estructura ya no importa porque ha sido superada o puesta en entredicho. En el caso de Montes de Oca, lo específico se encuentra precisamente en la carrera desbocada de su espontaneidad:

Predije con Apollinaire las nuevas artes,
Advertí en un claro del bosque
Otras manchas verdeclaras,
Ardientes zonas en que pude establecer
Una pausa encastillada,
Labios que sonríen
En el espejo de la primavera.
.....
Muchas veces mil veces
Me hundí en sueños más sueños que los sueños,
Al imaginarme cómo la golondrina corta,
Con la tijera azul de la cola,
Ciertas cosas ciertas:
Pinos, sauces, tilos
Contemplados al trasluz¹¹

Montes de Oca ha cumplido con fervor la divisa del primer manifiesto surrealista de destruir “[...] hasta el último ejemplar de la edición del *Discurso Sobre la Escasez de la Realidad*”. Él, de acuerdo con esta idea, ha intentado escribir y, tal vez, de algún modo ha escrito *El Libro de la Acumulación y la Abundancia* —una estrategia de exuberancias y exaltaciones—. A granel, a manojos, a manos llenas, él raya y garabatea la página o el discurso que pronuncian los demás

¹¹ Marco Antonio Montes de Oca, *Pedir el fuego*, op. cit., p. 665.

o la continuidad caótica de las cosas. Vista con detenimiento, la operación que subyace en su práctica poética consiste en una afirmación festiva de los poderes del sujeto. Su ejercicio extiende e intensifica a la primera persona. En Montes de Oca, hay a veces algo muy parecido a Huidobro: la sorpresa que funciona con naturalidad, la fantasía que se superpone y gobierna el plano objetivo y el viaje de la imaginación por encima de todo; pero también, en el lado opuesto, hay algo semejante a Neruda: la irrupción imprevista de las cosas, los giros coloquiales como las primeras palabras de un hechizo, el gusto por el mundo que no vemos y, sobre todo, el gusto por el arrebato de la luz que nos transporta a universos desconocidos. Sin embargo, hasta aquí llega el parecido tanto con Huidobro como con Neruda. Montes de Oca no es un dandy, carece de un discurso premeditado colmado de inteligencia o de tedio. Tampoco es un hombre que fraterniza religiosa o ideológicamente con la creación. La poesía de Montes de Oca no es un desplante provocador y elegante ni una oda a los elementos del mundo. No tiene la pretensión sectaria ni el tiempo de calma de escribir un manifiesto o un canto general para sus lectores. Su poesía es un aria dirigida y dedicada al yo o a los fuegos que el sujeto enciende. Él siempre se reincorpora y se echa hacia delante con el mohín pasmado de la gente del altiplano: con una cordura ebria y con una fantasía altiva y hasta altanera.

Por todo lo anterior podemos decir que el acto ininterrumpido de cambios que Montes de Oca ha realizado ante nuestros ojos cumple de un modo anormal, probablemente como casi nadie en la literatura mexicana, una condición consagrada en el canon de nuestra cultura: la metamorfosis. Montes de Oca va por el mundo con El Libro de los Cambios bajo el brazo. Pero no encuentra un universo que varía bajo el efecto de la mutación sino una realidad que su yo en efervescencia, a borbotones, empuja hacia el vaivén y la renovación. Su poesía parece decirnos no tanto que el cambio existe sino que él es una forma del cambio. Por ello, este acto lleno de desmesura que representa la poesía de Montes de Oca y que ha creado las igualdades menos usuales y ha señalado los distingos más insólitos

no es una reafirmación del principio de la diferencia como espontáneamente podríamos imaginar. De manera paradójica, la abundancia, el efectismo, la estructura abierta y hasta la confusión de su obra han mantenido y reforzado todos los chispazos y los márgenes de la unidad. Su metamorfosis es un yo autosuficiente que se desborda por todas partes. En su carrera desbocada, Montes de Oca viaja no en una cuadriga sino en una estrella de mar o en un carrusel hacia la altura y en ese ascenso percibe sobre todo su propio discurso:

Toda la primavera estalla
Y yergue su falo amarillo
Sus chorros de petróleo rubio
Mientras la fuerza resurge por una vena que se creía azolvada
Mientras la ola revienta como un lívido geranio
Y el cantado aerolito de la Gracia
A su modo canta por nosotros.¹²

La poesía de Marco Antonio Montes de Oca no ha dejado de ser lo que fue desde sus comienzos; no ha abandonado ni siquiera un poco el primer movimiento fundador que le dio origen. Nunca envejeció. Surgió con una metástasis incontrolable y concluyó con otro desorden exactamente igual de magnífico, adolescente y destructor. Su camino ha sido y es una energía que se prende y se apaga siempre con la misma intensidad. No una línea ni un plano ni el desarrollo de un volumen. Es un juego de artificios siempre elevándose y descomponiéndose a través de sus ramas de luz. La llamara-da que sube, las chispas que caen. No representa el robo del fuego. Pero sí la braza encendida y el coral de la lava, las maromas del niño y los sueños intensos del viejo que contradicen a la carne, una mujer abierta y un hombre sólo cerrándose para ella, un clavel y un rinoceronte.

¹² *Ibid.*, p. 316.

Como en el caso de Carlos Pellicer o de Octavio Paz, la escritura de Marco Antonio Montes de Oca está colmada de frases o versos que en sí mismos nos dan un poema. En la mayor parte de los textos tanto de Pellicer como de Paz, incluso en aquellos que nos podrían ofrecer menos interés, siempre hallamos una línea que nos detiene o que deseamos transcribir como un epígrafe o como un pensamiento. Versos de Pellicer como: “Vivo mi juventud en noviazgo impaciente”;¹³ “Las mujeres van desnudas / en su confabulación de trapos”;¹⁴ “Días azules / en mi pueblo de tejados / como libros abandonados”;¹⁵ “En la rápida pausa del antílope / se oyen las pausas lentas de la noche”.¹⁶ O fragmentos de Octavio Paz como: “Patria de sangre... única patria en la que creo”;¹⁷ “Muere en mis labios. Nace en mis ojos”;¹⁸ “El trote pétreo de los asnos opacos”¹⁹ son una muestra entre muchas otras. En Montes de Oca ocurre exactamente lo mismo. Su obra está llena de poesía en segundos, de ráfagas de significado que son, al mismo tiempo, un tiroteo de color y sonido. Sorpresas que se nos clavan como un aguijón en la memoria. Podemos abrir sus libros en cualquier página y casi seguro hallaremos alguna de estas agujas luminosas. Varios ejemplos tomados al azar:

Mi tanque guerrero para cruzar las avenidas de alacranes.²⁰

o éste:

La isla avienta contra el aire su ancla milenaria.²¹

¹³ Carlos Pellicer, *Obras*, FCE, México, 1994, p. 74.

¹⁴ *Ibid.*, p. 77.

¹⁵ *Ibid.*, p. 135.

¹⁶ *Ibid.*, p. 253.

¹⁷ Octavio Paz, *Obra poética (1935-1988)*, Seix Barral, México, 1990.

¹⁸ *Ibid.*, p. 216.

¹⁹ *Ibid.*, p. 451.

²⁰ Marco Antonio Montes de Oca, *Pedir el fuego*, op. cit., p. 100.

²¹ *Ibid.*, p. 101.

o éste que imagina, uno puede suponer, la llanura del verano en África:

Uno se estira como un leopardo entre el perfume verde.²²

o esta línea que es una especie de oxímoron:

El silencio se turba y retrocede ante la majestad resonante.²³

Pero en el caso de Marco Antonio Montes de Oca, el número de estas partículas es tan grande que podríamos elaborar varios libros de poesía en segundos o volúmenes enteros de epígrafes líricos. A veces, estos atisbos se aproximan al *haiku*, es decir, a las visiones instantáneas de un momento del día, de la tarde o de la noche sentados en una piedra en el bosque o en una banca en un jardín; otras veces, estas chispas están mucho más cerca de la exploración de una idea, son un pensamiento, son casi un concepto como sucede en los poemas cortos de José Juan Tablada. Por ejemplo, en un poema memorable Montes de Oca nos dice:

¿En un mundo más estricto
No seríamos fantasmas?²⁴

líneas que poseen una imaginación fresca pero que al mismo tiempo nos proponen un pensamiento complejo, cuya significación está muy cerca de la filosofía. O este otro, que en realidad es una ecuación perfecta y que ilumina el mundo de nuestras percepciones:

Colibrí, astilla que vuelas hacia atrás²⁵

o éste que nos plantea una analogía más difícil porque superpone sobre una igualdad otra de signo contrario:

²² *Ibid.*, p. 104.

²³ *Ibid.*, p. 253.

²⁴ *Ibid.*, p. 16.

²⁵ *Ibid.*, p. 30.

Relámpago y trueno
Jamás coinciden en el cielo
Pero sí en la fractura que recorre
Al cascarón del huevo.²⁶

En el chorro incontenible de imágenes de la poesía de Montes de Oca, estos fragmentos son una contradicción, una vuelta en sentido contrario del camino vigorosamente abierto por el propio Montes de Oca. Estas pausas, en vez de empujarnos al tumulto y a la fuga, nos detienen, hacen crecer dentro de nosotros una imagen y muchas veces, y sobre todo, un sentido. La fuerza de estas líneas reside no en las exactas inexactitudes sino al revés en el surgimiento de los equívocos rigurosos y certeros, en la creación de una ambigüedad diáfana tan insólita y concentrada como un aforismo. Las visiones contenidas en los minipoemas nos aclaran y, en su sorpresa, le agregan claridad al mundo que nos rodea. Cuando nos damos cuenta de que la poesía de Montes de Oca no sólo es una abundancia sino que también está cargada de escarabajos exóticos, de estos fistles extravagantes y de estos milagros insospechados colocados sobre el pecho del novio o de la novia, comprendemos que su poesía es, como dijo Octavio Paz, una de las más originales de la poesía moderna mexicana y que en su marcha caótica y arbitraria siempre nos regala con un descubrimiento tanto para nuestra imaginación como para nuestro pensamiento. Él puede lanzar estas migajas y virtudes prodigiosas como si no pasara nada, sin darse cuenta, atropelladamente y nosotros podemos detenernos y recuperarlas, tomarlas en el aire, y nunca salir de la sorpresa. La poesía en segundos de Marco Antonio Montes de Oca demuestra que en el torrente de su corpulencia poética podemos separar un lenguaje con una estricta economía verbal.

²⁶ *Ibid.*, p. 395.

Las alas de la palabra es, hasta ahora, el último libro de Marco Antonio Montes de Oca. Entre este volumen y los anteriores ¿hay una diferencia significativa? En este texto ¿el poeta utiliza un estilo diferente? La forma que hay aquí ¿es distinta a la de los poemas anteriores? Estas composiciones ¿nos muestran otro Marco Antonio Montes de Oca? Definitivamente no. La poesía que el lector encontrará en este nuevo libro tiene las mismas cualidades que todos los anteriores: una acción verbal sorpresiva, pujante y arrebatada y, al mismo tiempo, subidas y bajadas, traspíes que no impiden una pirueta, manotazos de sol aquí y paletadas de contento allá. Todo exactamente igual como cuando escribió *Ruina de la infame Babilonia* o como cuando publicó, ya convertido en un poeta admirado, *Las fuentes legendarias*. Quizá vale la pena decir que los cambios de forma en Montes de Oca sólo son una apariencia, no una modificación sustancial. Sus poemas en verso, en prosa, enormes o pequeños, sus poemas concretos, sus minipoemas y a veces sus casi *haikus* están poseídos por la misma energía y la misma manera de proceder: la incesante creación de mundos inesperados y percepciones agudas, siempre en disposición de una suma y, todavía mejor, de una serie imparabile. Montes de Oca no necesita más. Otros poetas pueden restar, dividir o multiplicar; hacer cálculos imaginarios mucho más complicados. A Montes de Oca le basta con agregar. Sus visiones son tan originales que se sostienen solas o acompañadas en una cadena:

Cesan mis tribulaciones,
 Pongo un pedazo de aurora
 En mi pan,
 La vida, semejante
 A una araña,
 Se descuelga del cielo raso,
 Cruza mi frente,
 Abre mi boca

Y siento como si una
Pequeña ancla
Se fijara
En mi garganta.
No podré hablar
Y sólo oigo
El eco de mis pensamientos.

LAS ALAS DE LA PALABRA

LA JAULA DEL SUSPIRO

Por obra y gracia de una gracia sin obras,
Mi memoria abandona su ancla
Y dispersa sus huestes
En la senda borrada
Por la escoba de los días.

Inmóvil estoy
Como insecto clavado en el museo:
Perduro sin desearlo
Y mi volumen ya no desplaza
Los aros caminantes del lago.

Apaciento el polvo en rebeldía,
Aplasto solapadas insurrecciones
Cuando la estatua se vuelve
Jaula de suspiro.

Con vaho y estopa limpio el parabrisas
Si Dios disipa el horizonte,
Si la claridad se abre paso
Entre desiertos, sabanas y mesetas.

Ahora se puede leer la cara oculta del cielo,
La relampagueante arquitectura instantánea
De cuando diluvian mis latidos
Frecuentes como la lluvia en el tejado.

Entro con sigilo al campamento de fantasmas,
Apreso a la tribu entera
Y llego antes que una paloma
Al grano de anís, a los tímpanos de sombra.

UN REGALO

El sahumero exhausto
En su vaivén me brinda
Un trozo de nube
A falta de humo propio.
Por fin se esfuma la venda,
Desaparece la ceguera
Y veo de nuevo
—Mientras mi plegaria crece—
Un viaje de la oscuridad
Hasta el eclipse
Donde el día me regala
En bandeja de plata
Un gajo de ilusión.
Otra vez levanto mis hombros
Para agradecer mi estancia en el fuego repentino,
En el ecuador de la alegría
En que hay panderos vibrando
A la vera de mis huellas,
Cuando retiro la coraza mineral,
Cuando aparece de noviembre a noviembre
La primavera que cumple un año,
La primavera interior que dice
Y se desdice sin contradicción
¡Oh, selva de colores,
Imagen inmóvil, pedrada amarilla,
Relámpago sembrado
En el cuello de un dragón!

HISTORIA DE TRES MALETAS

Llego con mi maleta llena de máscaras
Entre anillos de humo
Y collares de aureolas
Robadas a casi todos los ángeles.

Doblo esquinas donde voy a toparme
Con un espía oculto
Ahí donde el aire será tatuado,
Mientras permanece inmóvil
A causa de su cadena de mariposas.

Llego con otra maleta
Colmada de borrasca blanca
Donde la alcancía de la luna
Junta su plata,
Sus mirajes ágiles y sus espejismos hechizados
Nacidos cuando el espejo se toca la espalda negra.

Mi última maleta
Viene llena de polen para el alba:
Se abre de golpe a mitad del camino
Y el Sol palidece de envidia,
Pero nadie descubre
La tristeza violenta
Del astro embozado.

YA EL ARCOÍRIS NO ES EFÍMERO*

Palabras que no bastan
De repente beben silencio;
Pero no sin que la ola
Al morir en la playa
Enseñe con ira los dientes blancos.
Entiendo su amenaza inútil,
Su inconformidad con la zozobra;
Pero también entiendo
La esperanza ciega
Que alumbra el pozo de mi ser
Cuando la Virgen María
Oye en mi voz un eco sin fuerza;
Pero que ya no se deshace
Como otro castillo en la arena.
Si la Virgen escucha lo demás existe,
Temblor en que las estalactitas
Espadean contra las estalagmitas
Y nada se derrumba;
Santa Virgen María
Que haces posible lo imposible:
Ya el arcoíris no es efímero,
Se curva sobre un continente
Y sobrevive a la piedra y al tiempo.

* Imagen de Virginia Woolf

SIN DESGARRADURA NI PLAÑIDO

Ebrio de sol y viento,
Con amor al alma presa en la tierra,
Tomo un vaso de verano para consolarme.
Quiero una vereda propia,
Cambiar la vidriera diáfana
Por falanges de libélulas.

No sé qué es la libertad.
Un aire claro merece un habitante claro,
Capaz de pedir auxilio a la palabra,
A su nacimiento sin desgarradura ni plañido,
A su escafandra que vuela y protege,
Nido de acero invertido, a los peces celestiales.
Mueren los profetas encandilados
Entre espejos vacíos como círculos de aire:
No importa si la batalla comienza perdida
Y las alas se vuelven ceniza
Ante la puerta del brasero.

Si se parte en dos la vieja herida ya cicatrizada
O muere sin una queja el aire amnésico
Sonará la treceava campanada
Que no da la hora
Y anuncia la bufanda de polen,
El milagro, el alma de vidrio,
La fragilidad eterna que preserva
Ventanas que abre o cierra la palabra.